

LA REVOLUCI



El abate Fulbert Yulú

El abate Fulbert Yulú es como un sacerdote visto en negativo: el rostro y las manos del negro lustroso de los congoleños, emergiendo de una sotana blanca. A veces, lleva también una sotana escarlata: estos trajes se los hace en París el modista Balmain y son un pintoresco disfraz porque, en realidad, la Iglesia le ha retirado las licencias desde 1955 haciendo gala de prudencia: temía que la arriesgada política de Yulú pudiese comprometer el porvenir del catolicismo en el África Ecuatorial (si Juan XXIII le felicitó cuando fue elegido Presidente de la República fue en tanto que jefe de Estado, sin tener en cuenta su situación con respecto a la Iglesia). La sotana le valió también en una ocasión para un sorprendente golpe que llamaremos político: en plena Asamblea Nacional, en una ocasión en que los miembros de la oposición presentaban una moción contra él, Fulbert Yulú sacó de debajo de su sotana un fusil y apuntó a sus enemigos que se apresuraron gentilmente a retirar la moción.

Un precedente

La breve revolución de tres días y un par de muertos que ha acabado con el poder personal de Yulú en el Congo ex francés tendría escasa importancia a no ser por su carácter de símbolo o de precedente, y por su coincidencia con otros movimientos en países de independencia reciente —Argelia, Vietnam— que le da un carácter de tendencia histórica. En la pequeña revolución congoleña —fácil y sencilla en comparación con la que agita desde hace años a su enorme y difícil vecino, el Congo ex belga— entran todos los elementos típicos que agitan en mayor o menor medida a los países nuevos: residuos de un colonialismo rapaz, neocolonialismo económico, am-

biciones de poder personal, partido único, economía deficitaria, busca de fórmulas políticas, aparición de masas sindicales. En toda África, y una gran parte de Asia, aparecen estos males y estas virtudes. Los ideólogos del colonialismo aprovechan esta inestabilidad para expresar de una de sus más queridas e hipócritas teorías: la teoría de «demasiado pronto». Fingen aceptar el derecho de estos pueblos a la libertad y a la independencia, pero lamentan que se les haya concedido «antes de tiempo». La falsedad de esta doctrina es que siempre hubiese sido demasiado pronto, aun dentro de un siglo o de dos, porque las potencias coloniales siempre se hubiesen preocupado de mantenerlos en un estado de anacronismo, de retraso cultural y económico. (Por ejemplo, ahora se señala que el nuevo ministro de Agricultura del Gobierno congoleño es doctor en ciencias: no se dice que es el único nativo del Congo ex francés que ha conseguido ese título, el único doctor en ciencias de todo el país.) Cuando los dirigentes políticos de los países colonizados se lanzaron a la lucha sabían de sobra que sus países estaban retrasados económica y culturalmente, y que el riesgo de la inestabilidad política después de conseguida la independencia era grande. Pero no tenían otro recurso. De hecho los millones de personas que viven hoy la nueva independencia en África y en Asia están pasando por condiciones de vida difíciles, pero puede asegurarse de una manera general que han ascendido en cuanto a nivel de vida y a dignidad humana.

Una historia típica

La historia del Congo ex francés es una historia típica de país descolonizado. Fue en un tiempo vivero de esclavos: las expediciones de tratantes de hombres despoblaron el país de sus elementos más válidos, y no dejaban atrás más que los ancianos y los enfermos. La sangre era trágica. Después se produjo un movimiento que llamamos humanitario: el del final de la esclavitud. No hay duda de que muchos de los prohombres del antiesclavismo tenían nobles miras. El fondo de la cuestión era más turbio: los remolcheros de Europa comprendieron que eliminando el envío de esclavos a América eliminaban al mismo tiempo la competencia de los cultivadores de caña, y las grandes compañías europeas comenzaron a «colonizar» África y necesitaban mano de obra. Charles-Henri Favrod, en su interesante libro «Le poids de l'Afrique» (Editions du Seuil, París, 1958) dice: «Desde 1898 la metrópoli (Francia, en este caso) entregó vastas concesiones territoriales a compañías de comercio que las saquearon, improvisaron culturas industriales en lugar de los cultivos propios, destruyeron sin método los bosques de maderas preciosas y las tropas de elefantes». André Gide, en su «Voyage au Congo» fue testigo de esta ruina y decía de las compañías que «habían sangrado el país, lo habían exprimido como una naranja de la que pronto podrá arrojarse la piel vacía». Savorgnan de Brazza, explorador del Congo y fundador de Brazzaville —la ciudad donde hasta ahora mandaba Fulbert Yulú—, un hombre que decía «mi Congo», denunció también estos abusos de las compañías y profetizaba un mal que sucedió irremediablemente. «¿Cómo podremos —decía en un informe al Gobierno francés— vigilar los contratos entre los agentes de las compañías y los obreros negros desarmados? Estos serían retribuidos de una manera ridícula. Bastará a los concesionarios con subestimar el valor del caucho y del marfil aportados por el indígena y con dar a la mercancía que representa el salario un valor ficticio para que la sociedad haga beneficios considerables y el trabajador se muera de hambre. Veremos cómo un metro de tejido de algodón bastará para pagar veinte balas de caucho y un collar de perlas falsas para pagar un colmillo de elefante. Y entonces vendrá la despoblación.» Todo esto, anunciado a finales del siglo XIX, sucedió y todo esto fue sustituido, en el curso de los años, por un orden nuevo: los Estados, las administraciones públicas, fueron sustituyendo aparentemente a las compañías, y el látigo de piel de rinoceronte (las leyes del Congo belga no permitían dar más de 25 latigazos con este instrumento que dejaba heridas tremendas; en el Congo francés no había limitación) fue cambiado por las cárceles, los tribunales administrativos. Los salarios fueron más justos, pero aparecieron los impuestos, que dejaban a la población en una pobreza igual a la anterior. Es cierto que los franceses acabaron con graves plagas del país —como la enfermedad del sueño y la lepra— que al mismo tiempo les privaban de mano de obra (esta labor puede

ON DE BRAZZAVILLE

Por Eduardo HARO TECLEN

atribuirse casi exclusivamente a un hombre, el profesor Richet, que me ha parecido reconocer en un personaje de una novela de Graham Greene, «La temporada de las lluvias», y que muchos administradores coloniales pusieron verdadera vocación en un trabajo de crear.

Descolonización

SOBRE este drama vino después el de la descolonización. A medida que los franceses vieron venir la independencia, comenzaron a retirarse. Los doce mil franceses de Brazzaville, en 1946, se convirtieron en siete mil en 1950; en 4.000, en 1958; hoy hay, aproximadamente, tres mil: y la capital tiene una población de 107.000 habitantes. (Hay, es cierto, otros tres mil franceses: son los soldados de un pequeño Ejército que Francia se aseguró en el tratado de independencia para «proteger los bienes y las vidas de los franceses», y que ahora intentaron una acción de última hora para salvar a Yulú; la prudencia de De Gaulle cortó inmediatamente su intervención, y de esta manera se ha asegurado la amistad del nuevo Gobierno.) La República del Congo ex francés se proclamó independiente el 15 de agosto de 1960 —se celebraba el tercer aniversario de la independencia precisamente el mismo día de la revolución de bolsillo— y había heredado un país pobre, sin recursos —los escasos recursos que podía dar el aceite de palma, algo de tabaco, los plátanos que tienen hoy precios irrisorios por la concurrencia, algo de agrios y unas minas de hierro mal explotadas por falta de técnicos—, despoblado (800.000 habitantes para una superficie de 342.000 km², o sea, la mitad aproximadamente de los habitantes de Barcelona para una extensión equivalente a los dos tercios de España) y enfrentado con la necesidad de encontrar una fórmula política propia y una manera económica de hacer cara al futuro. El neocolonialismo había quedado también infiltrado. Sobre los pequeños políticos ingenuos, Francia supo imponer un hombre suyo: Fulbert Yulú, que prefirió perder las licencias sagradas —ya que los hábitos se los seguía haciendo Balmain— al desobedecer al arzobispo de Brazzaville que le ordenaba la abstención para aceptar cargos y poder. Yulú basó la economía del país en la creación de una gran central hidroeléctrica y de riegos y en una fábrica de aluminio: ninguna de las dos empresas han llegado a funcionar. Un grupo de aventureros blancos le rodeó, le dominó, le hizo concebir un pánico a los comunistas y le sacaron las escasas riquezas del país, no sin que él mismo y sus ministros consiguieran una buena parte en esas riquezas, al mismo tiempo que la masa obrera se empobrecía. La corrupción y la pobreza eran dos grandes personajes del país.

El africano antiafricano

AL mismo tiempo Fulbert Yulú, para conseguir el apoyo de los europeos a los que siguió siempre considerando fuente de todo poder, hizo una serie de proclamaciones políticas antiafricanas. Yulú se proclamó enemigo de Lumumba. Brazzaville se convirtió en el centro político de los más dudosos elementos del Congo ex belga —sólo el ancho del río Congo separa Brazzaville de Leopoldville—. Apoyó a Tshombe y acogió a los aventureros blancos que huían de Katanga —y que terminaron de empobrecer el Congo ex francés—. Se puso de parte de Portugal y de la Unión Sudafricana, y en contra por tanto de los demás países africanos. Finalmente había decidido la creación de un partido único —su partido— de tipo dictatorial, que cerraría el paso a cualquier otra ideología y que debía mantenerle en el poder eternamente. Fue este anuncio el que precipitó la rebelión del 15 de agosto. Con la que apareció en el Congo ex francés por primera vez, una fuerza que cuenta mucho en el África nueva: el sindicalismo. Los sindicatos han salido a la calle, han expulsado del poder a Fulbert Yulú y, cosa sorprendente, se han retirado inmediatamente de la política para dejar paso a un Gobierno de técnicos moderados, que proceden precisamente del mismo partido de Yulú. Otro hecho no menos sorprendente ha sido la actitud del Ejército: después de apoyar el movimiento sindical y derribar a Yulú, los militares se han retirado a sus cuarteles. Para muchos observadores de la revolución de los tres días, ésta es una insólita manifestación de madurez política. Sin embargo, no será extraño ver en otros países africanos semejante actitud sindical.

El sindicalismo

NO hace muchos días se ha reunido en Bamako un trascendental congreso de sindicalistas africanos. Representaban formaciones de muy diversa estructura: sindicatos gubernamentales, sindicatos libres, sindicatos políticos, sindicatos puramente profesionales. Es muy aventurado decir que sus líderes están formados en una misma escuela, pero sí es cierto que tienen una misma manera de ver los asuntos del continente y que hay entre ellos una gran unidad de acción. Los sindicatos de estudiantes están estrechamente unidos a los de obreros, y muchas veces surgen de ellos jefes comunes. En un continente donde los políticos tienen cada vez más la tentación del poder absoluto, del partido único —con la excepción constitucional de Marruecos— y donde los países occidentales tratan de mantener estructuras económicas favorables a sus sociedades capitalistas, los sindicatos representan a los que combatieron por la independencia y no están obteniendo frutos de ella, a los que no quieren ser burlados otra vez. Hay que tener en cuenta que en África se han realizado dos revoluciones simultáneas: una revolución nacionalista en pro de las independencias, y una revolución proletaria en busca de un nivel de vida. Hasta ahora sólo se ha asistido claramente al triunfo de la primera, triunfo mediatizado por el «neocolonialismo» y las ambiciones de poder; ahora se está consolidando rápidamente la segunda. Este es el proceso de estabilización de Argelia, por ejemplo, donde la pequeña burguesía que hizo la revolución está siendo barrida por clases económicamente desfavorecidas. No hay que olvidar que Ferhat Abbás, farmacéutico de Argel, se limitó hace ocho años a encabezar un movimiento político para conseguir que Argelia obtuviese de Francia una especie de integración que favoreciera su clase social, y que la torpe actitud francesa al negar esta concesión fue la que radicalizó el movimiento de resistencia. El burgués revolucionario Ferhat Abbás fue poco a poco desbordado por su izquierda, perdió la dirección del movimiento y ahora acaba de ser excluido del FLN que, con la tendencia africana del momento, se está convirtiendo en partido único. Y este es un caso excepcional de partido único porque está realmente salido de la masa popular, de una guerra de siete años y de una necesidad de restaurar la economía por la base. Si no cae en los peligros de apoyo al poder personal, y si este poder personal —Ben Bella— sabe resistir las tentaciones que se acumulan a su paso, la socialización de Argelia podría ser un elemento vivificador, así como los partidos únicos que florecen en otras antiguas colonias son por el contrario creados «desde arriba» sin más intención que la de defender el poder.

Especio de África

EN el pequeño laboratorio del Congo ex francés hemos asistido a un ensayo de lo que puede pasar en otros países negros, en otras antiguas colonias, en un futuro inmediato. Ha sido una revolución limpia y sencilla. Lo cual no quiere decir que haya terminado así. El país tiene que seguir sus inestabilidades, como las tienen que seguir otros países africanos descolonizados. Es una ley natural —España tardó siglos en empezar a recobrar económica y políticamente de su guerra, de su independencia y de su descolonización típica, con expulsión del capital y la ciencia (los judíos) y de los técnicos y obreros especializados (los moriscos)— y se puede advertir que la aceleración de la historia hace que los países africanos sufran todos estos procesos inevitables con una enorme rapidez y caminen hacia horizontes más justos. Fulbert Yulú, en términos de destino, ha sido un hombre «necesario» para crear una conciencia de reacción nacional. Y el Congo ex francés ha tenido la suerte de ser pobre —cuántos países son desgraciados porque tienen riquezas en petróleo, en diamantes o en uranio— y poder resolver por sí mismos sus problemas, sin la intervención interesada de las potencias occidentales como ha ocurrido en el Congo ex belga, que sigue ensangrentado. De Gaulle no ha tenido que hacer un gran esfuerzo para contener las tres mil bayonetas francesas que iban a defender a Yulú: el Congo, ya explotado el siglo pasado, no merece sangre francesa...

E. H. T.